

En invenciones soñadas;  
Que con dos moras mugrientas  
Que les cuezan unas habas,  
Tienen lo que han menester  
Sin Jarifas ni Darajas:  
Que yeguas, color de cisnes,  
Con cola y elin aleñada,  
Ha muchos días que dicen  
Que en sus tiendas no se gastan;  
Que mas quieren dos pollinas  
Que dos borricos les paran,  
Para que de feria en feria  
Aceite y jabon les traiga,  
Que el potro rucio ensillado  
Aunque de las yerbas salga,  
Y que el otro de Gazul  
Que se arrodilló en la plaza,  
Que como perro de ciego  
Le enseñó el moro mudanzas,  
Para que hiciese en Sanlúcar  
Reverencias á su dama.  
Dicen que los datilados  
Ya no les sirven de nada,  
Y que mas les aprovecha  
De esparto unas alpargatas.  
Pues miren, por vida mía,  
Señores, en que se cansan,  
Que los propios moros dicen  
Que los levantan que rabian.

(Romancero general.)

<sup>1</sup> El poeta burlesco opone en este romance á la idealidad poética de los moriscos, la realidad de lo que eran en efecto los árabes vencidos que quedaron en España, los cuales casi todos se dedicaron al oficio de arrieros.

287.

ROMANCE BURLESCO DE ZAIDE.

(Anónimo <sup>1</sup>.)

Háganme vuestras mercedes  
Merced de desengañarme,  
Si hay entre todos alguno  
Que conozca al moro Zaide;  
Y díganme por su vida  
Qué rostro tiene y qué talle,  
Que tengo mucho deseo  
De conocelle y hablalle.  
Y díganme qué es la causa,  
Que no hay pequeño ni grande  
Que mil veces no le avise  
«Que no pase por su calle».  
Apénas ha amanecido,  
Cuando ya haciendo jarabes  
El boticario le avisa  
«Que no pase por su calle».  
Aun apénas ha tomado  
En su tienda aguja el sastre,

SECCION DE ROMANCES DE CAUTIVOS Y FORZADOS<sup>1</sup>.

ROMANCES DE CAUTIVOS.

288.

EL CAUTIVO. — I.

(Anónimo.)

Preguntando está Florida  
A su esposo placentera  
En un vergel asentada  
Junto á una verde ribera:  
— Dígame tú, esposo amado,  
¿De dónde eres? ¿de qué tierra?

Quando avisa al triste moro  
«Que no pase por su calle».  
El tundidor, mientras tunde  
Sus paños y cordellates,  
Como los demas le avisa  
«Que no pase por su calle».  
Va el piloto ó marinero  
Engolfado con su nave,  
Y en medio del mar le avisa  
«Que no pase por su calle».  
Va cien leguas de su casa  
A veces el caminante  
Y en el camino le avisa  
«Que no pase por su calle».  
Allá dentro en su bodega  
Está picando la carne  
El pastelero, y le avisa  
«Que no pase por su calle».  
Y los propios buñoleros  
Aunque son de su linaje,<sup>2</sup>  
Entre el aceite le avisan  
«Que no pase por su calle».  
Y las fregonas fregando  
Sus platos y sus vasares  
Le avisan en voz y en grito  
«Que no pase por su calle».  
No hay mujer, niño ni hombre,  
Como tenga boca y hable,  
Que mil veces no le avise  
«Que no pase por su calle».  
¿Qué tiene este triste moro?  
¿Está tocado de landre,  
Que así desterralle quieren  
De todas las vecindades?  
¿Con haber dado respuesta  
Que pudiera disculparle  
De la trenza de cabellos  
Que se puso en el turbante  
Y del alarde que hizo  
En los jardines de Tarfe,  
No aprovecha con el vulgo  
Que deje de amenazalle!  
¿Adónde ha de ir el cuitado  
Pues en el mundo no cabe?  
Que tengo sospecha y miedo  
No vaya á desesperarse.  
Merezca el humilde moro,  
Que su destierro se acabe,  
Que quien de humildes se venga,  
Humilde venganza hace.

<sup>1</sup> Prueba esta trova burlesca sin exageración la popularidad del lindísimo, ingenioso y poético romance morisco de Zaide y Zaída, que empieza así: *Mira, Zaide, que te aviso. Aun en el día le alcanza su antigua popularidad, y apénas hay persona en Andalucía que no le cante ó decore.*

<sup>2</sup> Los buñoleros eran casi siempre, en Andalucía, morisco ó gitanos.

¿Y adónde te captivaron?  
¿Y libertad quién te diera?  
— Yo os lo diré, dulce esposa,  
Estad atenta siquiera.  
Mi padre era de Ronda,<sup>2</sup>  
Y mi madre de Antequera;  
Captiváronme los moros  
Entre la paz y la guerra,  
Y lleváronme á vender  
A Velez de la Gomera.  
Siete días con sus noches  
Anduve en el almoneda:  
No hubo moro ni mora

Que por mí una blanca diera,  
Si no fuera un perro moro  
Que cien doblas ofreciera,  
Y llevarame á su casa,  
Echárame una cadena;  
Dábame la vida mala,  
Dábame la vida negra:  
De día majaba esparto,  
De noche molía cibera,  
Echóme un freno á la boca,  
Porque no comiese della.  
Pero plugo á Dios del cielo  
Que tenia el ama buena:  
Cuando el moro se iba á caza  
Quitábame la cadena:  
Echábame en su regazo,  
Mil regalos me hiciera,  
Espulgábame, y limpiaba  
Mejor que yo mereciera;  
Por un placer que le hice  
Otro mayor me ofreciera:  
Diérame casi cien doblas;  
En libertad me pusiera,  
Por temor que el moro perro  
Quizá la muerte nos diera.  
Así plugo á Dios del cielo  
De quién mercedes se espera  
Que me ha vuelto á vuestros brazos  
Como de primero era.

(TIMONEDA, *Rosa de amores*.—It. WOLF, *Rosa de Romances*.)

<sup>1</sup> Esta seccion pudiera tambien colocarse en el Romancero de varios, entre los de amor; pero como versan sobre asuntos fabulosos, que continúan los accidentes del trato y guerras contra los mahometanos, los hemos puesto entre los moriscos.

<sup>2</sup> Desde aquí, con algunas variantes, es igual esta composición á la del Cancionero de Romances, que dice: *Mi padre era de Ronda*.

289.

EL CAUTIVO. — II.

(De Don Luis de Góngora.)

Segun vuelan por el agua  
Tres galeotas de Argel,  
Un aquilon africano  
Las engendrò á todas tres.  
Y segun los vientos pisa  
Un bergantín ginoves,  
Si no viste el temor alas,  
De plumas tiene los piés.  
Mortal caza vienen dando  
Al fugitivo bajel,  
En que á Nápoles pasaba  
En conserva del virey,  
Un español con dos hijas,  
Una sol y otra clavel,  
Que tuvieron á Leon  
Por oriente y por vergel.  
Derrotóle un temporal,  
Y ya que no dió al través,  
A vista dió de Morato,  
Renegado calabres.  
El tagarote africano  
Que la español garza ve  
En su noble sangre piensa  
Esmaltar el cascabel.  
Peinándole va las plumas,  
Mas el viento burla del  
Interpuesto entre las alas,  
Y entre la garra cruel.  
Ya surcan el mar de Denia,  
Ya sus altas torres ven,  
Grandeza de un duque ahora,  
Titulo ya de marques.  
De sus torres los descubren,  
Y en distinguiendo despues  
La cruz en el tafetan,

La luna en el alquicel,  
Ocho ó diez piezas disparan,  
Que en ocho globos, ó diez,  
Envuelve de negro humo  
Al corsario su interes.  
Los brazos del cuerpo ocupa  
Con fatiga y con placer  
El bergantín destrozado  
Desde la quilla al garces.  
El leones agradecido  
Al cielo de tanto bien,  
De libertad coronado  
Dice, si no de laurel:  
— ¡Oh puerto, templo del mar!  
Cuya húmeda pared  
Antes faltará que tablas  
Señas de naufragios dén.  
Fortaleza imperiosa,  
Terror de Africa, y desden,  
Yugo fuerte y real espada  
Que reprime y que da ley,  
Defensa os debo, y abrigo;  
Mi libertad vuestra es,  
Y mi lengua desatada  
En alabanzas tambien.  
Con tus altos muros viva  
Tu inclito dueño, á quien,  
Como á tí el Mediterráneo,  
La envidia le bese el pié.  
Inmortal sea su memoria  
En la gracia de su Rey,  
Por galardón proseguida,  
Si comenzó por merced:  
Que servicios tan honrados,  
Y de Acates tan fiel,  
Inmortalidad merecen,  
Si no de vida, de fe. —

(GÓNGORA, *Obras de*.)

260.

EL CAUTIVO. — III.

(Anónimo.)

Donde se acaba la tierra  
Y comienza el mar de España,  
Mil acabadas ruinas  
De la antigua Cádiz bañan;  
Y en lo mas alto de todo  
Un solo cautivo estaba,  
Que arastrando las prisiones  
Salió de una rota barca,  
A descansar el alma  
«Mientras el fiero mar furioso brama»  
Con el levante furioso  
Crecian las olas altas  
Subiéndose por las peñas  
Para volver á sus aguas,  
A quien las dice: — Enemigas,  
Volveré á morir sin falta,  
Dejadme llegar agora  
A la tierra que me ampara.  
Nací riberas del Tajo,  
Criéme con esta ingrata,  
Y vengo á morir agora  
A las postreras de España.  
No me mata ausencia sola,  
Ni solos celos me matan,  
Ni olvido, que aquestos tres  
Me fuerzan que á tierra vaya.  
No es tan pequeño mi fuego,  
Que huya vuestra templanza,  
Que no le sufre la tierra,  
Ni el mar apénas le mata,  
Porque es semejante al sol,  
Que no se moja en el agua,  
Y tan ardiente, que de ella  
Me fuerza que á tierra salga.  
No me llameis tan aprieta,

Que si mi fuego lo causa,  
Lágrimas tienen mis ojos  
Que pueden, aunque no bastan.  
Dejadme quejar de aquella  
Que de mí quejosa estaba,  
Por quien huigo mar y tierra,  
Y vengo entre tierra y agua.—  
Tomando un puño de tierra,  
La besó y mojó con agua,  
Diciendo: —Fin y principio  
De la compostura humana,  
De tí nacen mil deseos  
Y en tí finalmente paran:  
Eres cárcel que me tienes  
Detenido que no vaya.—  
En esto vió que los vientos  
A muchas partes contrarias  
Cada uno hacía la suya  
Traían la rota barca,  
Y dice: —Cielos piadosos,  
Tales son mis esperanzas,  
Que el viento juega con ellas,  
Y ninguna de ellas basta.—  
Bajaba apriesa la noche,  
Cuando de la Peña Baja,  
Y entre la barca y los remos  
Comienza á decir al agua;  
—Aquí es justo que descanse  
Quien de la tierra se cansa,  
Porque vea mi enemiga  
Que pretendo su venganza.—  
Aquí volvió la barca,  
Llora el cautivo triste, y el mar brama.

(Romancero general.)

## 261.

EL CAUTIVO. — IV.

(Anónimo.)

Rompiendo la mar de España  
En una fusta turquesca,  
A vista de donde puso  
Hércules fin á la tierra,  
Un esclavo de Selimo,  
Al tiempo que el mar se altera,  
El maestro de la nave  
A sus grumetes voceó:  
«Amaina, amaina  
La vela, amaina la vela.»  
Cuando los vientos contrarios  
Con mayor furor se encuentran,  
Y con las aguas del mar  
Las de los cielos se mezclan;  
Cuando se rompen las nubes,  
Y fuego y llamas enseñan,  
En la amedrentada gente  
Sola aquesta voz resuena.  
«Amaina, amaina  
La vela, amaina la vela.»  
Estaba el cautivo pobre  
Sentado sobre cubierta,  
Y del cielo y mar las aguas  
Con su triste llanto aumenta:  
A su pensamiento dice,  
Que es entonces quien le lleva  
Haciendo las voces eco  
En el monte de su pena:  
«Amaina, amaina  
La vela, amaina la vela.»  
Si soy cautivo y esclavo,  
Tiempo vendrá que Dios quiera,  
Que libre de estas prisiones  
Vuelva á gozar de mi tierra:  
Volveré á mi antigua gloria,  
Que entonces tendré por buena,  
Y entre tanto, pensamiento,  
Sufre, padece y espera:

«Amaina, amaina  
La vela, amaina la vela.»  
(Romancero general. — It. Flor de varios y nuevos  
Romances, 1.ª parte.)

## 262.

EL CAUTIVO. — V.

(Anónimo.)

Ajenó de tener guerra  
Está el valeroso Arnaldo,  
Capitan de una frontera  
Por el inclito Fernando.  
Gozando está de su Celia  
Con quietud y sin cuidado,  
Cuando Muley Terraez,  
De Argel astuto cosario,  
Viene á pagar el tributo,  
Como quedó concertado,  
Y porque viene de paz  
Dan voces los de su bando:  
«Lanza ferro,  
A terra, á terra.»  
Y los de la fortaleza,  
Para seguro, disparan  
«Apriesa, apriesa una pieza.»  
Poco le duró el contento  
A aquel capitan gallardo;  
Pues que en trueque del rescate  
Se le llevó el renegado  
A su bella esposa un día,  
Cuando vió que asegurado  
De su gran traicion vivía,  
Y ella salió por el campo.  
De que la metió en su fusta,  
Con silencio y con recato  
A los marineros dice:  
«Alza el ferro, ó corta el cabo.»  
Y al cómitre silba y dice:  
«Leva, leva;»  
Y los de la fortaleza,  
«Guerra, guerra,  
Dispara apriesa una pieza.»  
Hagan grandes luminarias,  
Dice Arnaldo alborotado;  
Aunque en vano es trabajar,  
Porque van el mar surcando.  
De su fuerza se despiden  
Confuso y desesperado,  
Y siendo libre, se hizo  
De un moro sujeto esclavo;  
El cual le llevó cautivo  
A Argel, do fué rematado  
Tres veces en almoneda,  
Hasta ser del Rey comprado;  
Y el cómitre silba y dice:  
«Leva, leva;»  
Y los de la fortaleza,  
«Guerra, guerra,  
Dispara apriesa una pieza.»  
El capitan reconoce  
A su cara esposa bella,  
Y aunque con las lenguas callan,  
Los ojos sirven de lenguas.  
Servía Celia al rey de paje,  
El cual namorado de ella,  
Dice: —Si como eres sol,  
Fueras, Celia, luna bella,  
De continuo me alumbrara  
El claro de tal estrella.—  
Celia respondió: — Señor,  
No fué mi dicha tan buena.—  
Y el cómitre silba y dice:  
«Leva, leva;»  
Y los de la fortaleza,  
«Guerra, guerra,  
Dispara apriesa una pieza.»

Y como vido ocasion,  
Al rey le dice una siesta  
Cómo es Arnaldo su hermano,  
Que se hizo esclavo por ella.  
El Rey le replica y dice:  
—Celia, gran mentira es esa,  
Porque nunca amor de hermano  
Hizo tal prueba y fineza.  
Pero si dices verdad  
Haré con tí una franqueza,  
De dar á ambos libertad  
Para que os vais á tu tierra.—  
Y el cómitre silba y dice:  
«Leva, leva;»  
Y los de la fortaleza,  
«Guerra, guerra,  
Dispara apriesa una pieza.»  
Celia le dijo: — Señor,  
La verdad del caso es esta:  
Que es Arnaldo mi marido,  
Y yo fio en tu clemencia  
Que nos darás libertad.—  
Dijo el rey: — Concédoos esa,  
Porque entendais que entre moros  
Hay sangre, virtud, nobleza.—  
Con esto los despidió,  
Dándoles mucha riqueza,  
Y á Muley Terraez quitó  
Por su traicion la cabeza:  
Por lo que todos los suyos  
Muestran dolor y tristeza;  
Y los de la fortaleza,  
Regocijados dan voces:  
«Dispara apriesa una pieza.»

(Romancero general.)

## 263.

EL CAUTIVO. — VI.

(De Salinas.)

Llegó en el mar al extremo  
Que pudo de su desdicha,  
En un bergantin al puerto  
De Villafranca de Niza,  
Un gallardo caballero,  
La flor de la Andalucía,  
Viendo la de su esperanza  
Entre las olas marchita,  
Una noche oscura y triste,  
Y él mas que la noche misma,  
Despues que Muley Terraez  
Llevó su luz y alegría:  
«¡Ay suerte esquiva,  
Que apenas das el bien cuando le quitas!»  
Robó su dama el moro,  
De padres ilustres hija,  
Que la llevaba robada  
De Barcelona á Sicilia.  
No precia por su rescate  
Promesas de cosas ricas,  
Que solo esperar gozarla  
Estima en mas que las Indias.  
Y al triste libre le deja  
De Villafranca una milla,  
Que porque ausencia le mate,  
No le mata ni cautiva.  
«¡Ay suerte, etc.»  
De peste guardan el puerto,  
Y desde la tierra gritan,  
Que sin fe de sanidad  
No se acerque á la marina.  
Si de sanidad tuviera,  
Dice con lágrimas vivas,  
Lo que me sobra de fe,  
Fueran eternos mis dias.  
No traigo de Barcelona  
El mal que os atemoriza,  
Antes de ella entre mil muertes

Saqué robada mi vida.  
«¡Ay suerte, etc.»  
Un cuerpo difunto soy  
Que arroja el mar á la orilla,  
Negándole en sus entrañas  
Lo que á ninguno le quita.  
Y porque no le corrompa  
Del largo tiempo la envidia,  
En vez de bálsamo lleva  
El pecho lleno de acibar.  
Soy un vivo fuego ardiente  
Ya convertido en ceniza,  
Sin esperar renovarme  
A los rayos de mi Armida.  
«¡Ay suerte, etc.»

Soy una piedra que al centro  
Desde la cumbre desliza;  
Un sepulcro de esperanzas  
Antes muertas que nacidas.  
No soy sino un desdichado  
Vivo por nigromancia,  
Que por su gusto un cosario  
Sin alma quiere que viva.  
Y no es milagro ser piedra,  
Sepulcro y cenizas frias,  
Muerto y vivo juntamente,  
Que todo cabe en mi dicha.  
«¡Ay suerte, etc.»

No consienta, amiga, el cielo  
Que pagues blandas caricias  
De un renegado sin fe,  
Por renegar de la mia.  
En esto tocan al arma,  
Que de las torres vecinas  
Con muchas lenguas de fuego  
De doce fustas avisan.  
No se alborotan ni temen:  
Que de estos miedos se libra  
Quien ha llegado al extremo  
Que pudo de su desdicha.  
«¡Ay suerte, etc.»

(Romancero general.)

## 264.

EL CAUTIVO. — VII.

(Anónimo.)

Fuera de los altos muros  
Que en Argel torres levantan  
Sobre las arenas frias  
De las mas vecinas aguas;  
Ceñido de una cadena  
Un pobre cautivo estaba  
Llorando su bien pasado,  
Y su presente desgracia.  
—No siento los hierros duros,  
Dice, ni la vida amarga,  
Ni verme en el cautiverio  
Sujeto á tantas desgracias.  
Ni siento verme apartado  
De la tierra que me agrada;  
Ni majar de noche esparto,  
Ni el comer por mano escasa.  
Vime un tiempo en la ribera  
Que al Tajo orilla señala,  
Tan léjos de verme preso  
Cuanto agora de pisalla.  
Pero si tan cerca estoy,  
Presto volveré á mi patria;  
Que como vine á ser preso,  
Podré volver á gozalla.  
Mas hay un engaño en esto,  
Y es que la fortuna avara  
Se ha cansado de mi bien,  
Y de mi mal no se cansa.  
Dulce Leonida, yo quedo  
Padeciendo en tierra extraña,

Preso el cuerpo en hierros duros,  
Y para tí libre el alma. —

(Romancero general.)

265.

EL CAUTIVO. — VIII.

(Anónimo.)

De las africanas playas  
Alejado de sus huertas  
Mira el forzado hortelano  
De España las altas sierras.  
Mira las golosas cabras  
En las peladas laderas,  
Que apenas se determina  
Si son cabras, ó son peñas.  
Tiende la envidiosa vista  
Por las abundosas vegas  
Y comarcanas cabañas  
Que casi á la par humean.  
Miraba por Gibraltar  
Las heladas rocas vertas,  
Azotadas de las ondas,  
Y arrancadas de la arena.  
Mira el estrecho furioso,  
Y las hirvientes arenas  
Que le parece que braman,  
Y por mil partes resuenan.  
— ¡Oh sagrado mar! le dice,  
Haz con mis suspiros treguas:  
Perdon, si ellos ó el aliento  
Son causa de tu tormenta.  
Pásame en esotra playa;  
Que si en ella me presentas,  
Te ofreceré un blanco toro,  
El mejor de mis dehesas.  
No quiero que mis deseos  
Vayan á tierras ajenas:  
Da vida á un nuevo Leandro  
Que en tus manos se encomienda.—  
Esto diciendo el forzado,  
En las blandas ondas se echa,  
Con los brazos abre el mar,  
Hiende, rasga, rompe y huella.  
Mas allá á la media noche  
Cuando los miembros le aquejan,  
Temeroso de su daño  
Habló así á las ondas fieras:  
— Queridas y amadas ondas,  
Pues determinais que muera,  
Dejadme salir, amigas,  
Que yo os pagaré esta deuda. —  
Fuéle el viento favorable,  
Oyó fortuna sus quejas,  
Y al nacer el rubio sol  
Hizo pié sobre la arena.  
Dió gracias al mar piadoso,  
Al viento, norte y estrellas,  
Y con ceremonia humilde  
Besó y adoró la tierra.

(Romancero general.)

266.

EL CAUTIVO. — IX.

(Anónimo.)

De medio el golfo descubre  
De Oran el soberbio monte,  
El infelice Licinio,  
Que tras su fortuna corre.  
En un llano mal seguro  
Guiado mas por el órden  
Del cielo, que le es propicio,  
Que no por lo que él dispone;  
Está la tierra tan alta  
Que aun apenas se conoce

Si el monte toca en el cielo,  
O si está el cielo en el monte;  
Donde pusieron sus sillas  
Los famosos españoles  
En señal de verse presto  
De los demas vencedores,  
Sin envidiar las hazañas  
Del hijo fuerte de Jove,  
Pues en vez de sus columnas  
Pusieron ellos mojones  
Injuria del enemigo,  
Cuchillo, freno y azote,  
Pues ha cerrado sus puertas  
La sombra de nuestras torres.  
Escureciendo sus lunas  
La lumbre de nuestros soles,  
Alcanzando sus ginetes  
Nuestros primeros bridones,  
Y pasando sus adargas  
Nuestros agudos estoques;  
Resistiendo á sus alfanjes  
Las rodelas de alcornoque,  
Dió fondo al frágil navio,  
Y luego el preñado bronce  
Echó el rayo dando gritos,  
Y quejáronse los bosques.  
Respondieron los tres fuertes  
Una y dos veces conformes,  
Repitiendo al son de Marte  
De España el invicto nombre.  
El fuego busca su esfera,  
Y cubriendo el horizonte  
Hizo el humo á mediodía  
Que presidiese la noche.  
Los alarbes luego huyeron  
A sus aduares pobres,  
Que el humo ocupa la tierra,  
Y el miedo los corazones.  
Echan al mar sus esquifes,  
Y en tierra el peso disforme:  
Quedan las galeras libres,  
Aunque llenas de prisiones.  
Entre las suyas Licinio  
El aire y silencio rompe,  
Y dice mirando á Oran  
Tras el llanto estas razones:  
— ¡Oh cárcel de desterrados,  
Honra de refugios donde  
No causa afrenta el castigo,  
Ni muere el ánimo noble,  
Ni enflaquece la esperanza  
Viles y bajos temores!  
Pues por la ignorancia muda  
Ilustres obras responden,  
Bien se pueden resistir  
De la fortuna los golpes,  
Si queda libre el juicio  
Y le conceden que obre.  
Tu instancia me negó el cielo,  
Porque mas mi mal se note,  
Y vaya de lengua en lengua  
Creciendo con opiniones.  
Famoso soy en desdichas:  
No hay quien mi fortuna ignore,  
Que el mapa de mis trabajos  
Me ha mostrado todo el orbe.  
¡Venturoso el caballero  
Que entre limites se esconde,  
Pues la pena que padece  
Con su valor corresponde;  
Y fatigando el caballo  
El suelo africano corre,  
Y rico de mil trofeos  
A su casa se recoge!  
Este bien goza Galanio  
Del linaje antiguo y noble,  
Sin andar detras la luna  
Hecho émulo del norte.—  
Apénas hubo nombrado

El grato y amigo nombre,  
Cuando en los ojos de entrambos  
Se vieron los corazones.  
Los brazos ciñen los cuerpos,  
Y las almas se disponen  
Con el reciproco ejemplo  
A resistir sus pasiones.

(Romancero general.)

267.

LA CAUTIVA. — X.

(Anónimo.)

De las sangrientas riberas  
De la infausta Nicosia,  
Mostafá el enamorado  
Llantos oye y fuego mira.  
Arde el bajel que lleva  
Al gran Selin las cautivas,  
Do va su Hipólita amada  
De las griegas la mas linda.  
En fuego de amor se abrasa,  
Amargamente suspira,  
Y á vueltas de un triste llanto  
Tales ternezas decía:  
— ¡Bella Hipólita! amor mio!  
¿Quién así te enoja, amiga?  
¿Quién ni tus quejas le amansan,  
Ni tu beldad le lastima?  
¡Hipólita! mi señora!  
Entre aquesas llamas vivas,  
Muerte y amor, para entrambos  
Flechas y cuchillo afilan.  
Manda al fuego que se pare,  
Que si tus ojos le miran,  
Mitigarán en su ardor  
Lo que en mi alma encendida.  
¡Si el mar do estás engolfada,  
No es bastante le resista,  
Espera que el de mis ojos  
Quizá bastara por dicha!  
Lágrimas pobre enviaré,  
Que mi corazón destila,  
Si es que al fuego que te abrasa  
Agua de amor le mitiga.  
Aguarda, que allá te envío  
El aire que en mi respira,  
En suspiro disfrazado,  
Porque el fuego no le impida.  
El alma tambien, señora,  
Va á socorrer tu desdicha,  
Que con suspiros y llanto  
Bien el alma se encamina.  
¡Dulce prenda de mis ojos!  
¿Por qué el fuego no mitiga  
Con tantas aguas del mar,  
Como tienes á la vista?  
Mas ¡ay! que el fuego y las aguas  
Tanto estrechan á tu vida,  
Que si escapas dél, te anegas,  
Si dellas, te haces cenizas.  
Tus crespas hebras doradas,  
Tus negros ojos de estima,  
Tu blancura de azucena  
De vivo carmin teñida,  
Triste, oscuro, ceniciento  
Todo lo ha vuelto la envidia;  
Que me abrasa los despojos  
De tan hermosa cautiva.  
Llamas, dadme á mi señora,  
Que en vosotras muerta, ó viva  
En humo, en brasa ó en polvo,  
He de adorar sus reliquias. —  
En esto el bélico estruendo  
A nuevas glorias le incita,  
Deja abrasada su dama,  
Y á Famangosta camina.

(Romancero general.)

## ROMANCES DEL FORZADO DE DRAGUT.

268.

EL FORZADO DE DRAGUT. — I.

(De Don Luis de Góngora.)

Amarrado al duro banco  
De una galera turquesca,  
Ambas manos en el remo,  
Y ambos ojos en la tierra,  
Un forzado de Dragut  
En la playa de Marbella  
Se quejaba al ronco son  
Del remo y de la cadena.  
— ¡Oh sagrado mar de España,  
Hermosa playa y serena,  
Teatro donde se han hecho  
Cien mil navales tragedias!  
Pues eres el mismo mar,  
Que con tus crecientes besas  
Las murallas de mi patria  
Coronadas y soberbias,  
Dame nuevas de mi esposa,  
Y dime si han sido ciertas  
Las lágrimas y suspiros,  
Que me escribe por sus letras;  
Porque si es verdad que llora  
Mi cautiverio en tu arena,  
¡Bien puedes al mar del Sur  
Vencer en lucientes perlas!  
Mas pues que no me responde,  
Sin duda alguna que es muerta;  
Pero no lo podrá ser,  
Pues que yo vivo en su ausencia.  
Pues he vivido diez años  
Sin libertad y sin ella,  
Siempre al remo condenado,  
A nadie mataron penas.  
Dame pues, sagrado mar,  
A mi demanda respuesta,  
Si cual dicen es verdad  
Que las aguas tienen lenguas. —  
En esto se descubrieron  
De la religion seis velas,  
Y el cómitre manda usar  
Al forzado de su fuerza.

(Romancero general. — It. Flor de varios y nuevos Romances, 1.ª parte.—GÓNGORA, Obras de.)

269.

EL FORZADO DE DRAGUT. — II.

(Anónimo.)

El escudo de fortuna,  
En quien sus golpes descargan  
Alteza de los amores  
Y ejemplos de cosas varias:  
El Forzado de Dragut,  
Que en las galeras remaba,  
Hecho ya hortelano, llora  
Entre las hojosas ramas:  
« ¡Ay madre España, patria venturosa,  
Rica depositaria de mi esposa! »  
Hortelano me hicieron  
Por parecerles que estaba  
Dispuesto para entender  
De los tiempos las mudanzas.  
No se engañaron en ello,  
Porque cuando falta el agua,  
Contra tiempo lloverán  
Las nubes de mis entrañas.  
« ¡Ay madre, etc. »  
Sacáronme de galeras  
Por merced sublime y alta;  
Pero hasta en esto me ha sido  
Aun la fortuna contraria.

Porque aunque es menor el mal  
Es mas el no ver tus playas,  
Do el deseo con los ojos  
Humedecía mis entrañas.

«¡Ay madre etc.»

A vosotros los que andáis  
Vagando en tierras extrañas  
Y á las ajenas ciudades  
Hacéis naturales patrias,  
Hijos desagradecidos,  
Una cosa os hace falta:  
Fáltaos el forzoso amor,  
Y os sobran forzosas causas.

«¡Ay madre etc.»

Esposa y señora mía,  
Depósito de mi alma,  
¡Solíanme sobrar tus letras  
Y ya me faltan tus cartas!  
Solías escribirme largo  
De lo mucho que me amabas,  
¡Pero pues ya no me escribes,  
Mas me escribes que me amas!  
«¡Ay madre España, patria venturosa,  
¡Rica depositaria de mi esposa!»

(Romancero general.—It. Flor de varios y nuevos  
Romances, 3.<sup>a</sup> parte.)

## 270.

EL FORZADO DE DRAGUT. — III.

(Anónimo.)

El desgraciado entre todos  
Los que el fiero amor derriba,  
Porque afrentan su deidad  
Y á quitarle el nombre aspiran,  
Amarrado á su fortuna  
En el banco en que solía  
El forzado de Dragut,  
Que en las galeras servía,  
Vacando el pesado remo  
Estaba mirando un día  
Las aguas que de su patria  
Combaten las peñas fijas.  
— ¡Ay ondas, mas venturosas  
Que las tristes ansias mías,  
Pues podéis tocar la tierra  
Que los piés de mi alma pisan!  
Decilde cuando volvais  
Por mis lágrimas crecidas,  
Dijo llorando el forzado,  
Que vivo entre mil desdichas,  
Y que me haga merced  
De no dejar las sombrías  
Riberas, porque vosotras  
Me traigais de sus reliquias,  
Y que no tema las olas  
Que el mar de mis ojos cria,  
Aunque las vea hasta el cielo  
De los aires combatidas.  
Pues que con dulces suspiros  
Y lágrimas descaecidas,  
Mal se podrá dar la muerte  
A quien da en ausencia vida.  
Y acometida furiosas  
Con tanto impetu é ira,  
Que vea en vos á la clara  
Que me agravo de que viva,  
En señal del gran amor  
Que al mio se le debía:  
Y que si bien lo mirara  
No había de estar á la mira,  
Sino como yo lo hiciera,  
Pues cual Leandro podía,  
Razon fuera haber venido  
A mi cárcel, dura, impia;  
Que bien sabe que las olas  
Del bravo mar no temia;

Que en el verdadero amor  
No hay miedo ni cobardía.  
Dejáranse las prisiones  
Aunque fuera en Berbería,  
Que ya me hubiera llorado  
En pago de mi osadía.  
Y si todavía me quiere,  
Decilde por cortesía,  
Que se embarque en esas cartas  
Que le amenazan y avisan:  
Que no son del mar antiguo  
Las aguas que se le humillan,  
Sino de mis tristes ojos  
En que mirarse solía,  
Y que ya no hay que llorar  
En mi alma convertida  
En aqueste nuevo Océano  
Que tan sin razon la admira:  
Y que ojalá me volviese  
Las lágrimas merecidas,  
A tan dura y larga ausencia  
Su apacible y grata vista.—

(Romancero general.)

## 271.

EL FORZADO DE DRAGUT. — IV.

(De Don Luis de Góngora.)

La desgracia del forzado  
Y del cosario la industria,  
La distancia del lugar  
Y el favor de la fortuna,  
Que por la boca del viento  
Les daba á soplos ayuda  
Contra las cristianas cruces  
A las otomanas lunas,  
Hicieron que de los ojos  
Del forzado á un tiempo huyan  
Dulce patria, amigas velas,  
Esperanzas y ventura.  
Vuelve pues los ojos tristes  
A ver cómo el mar le hurta  
Las torres, y le dan nuevas  
Las velas y las espumas.  
Y viendo mas aplacada  
En el cómitre la furia,  
Vertiendo lágrimas dice  
Tan amargas como muchas:  
«¿De quién me quejo con tan grave extremo,  
Si ayudo yo á mi daño con mi remo?»  
Ya no esperen ver mis ojos,  
Pues agora no lo vieron,  
Sin este remo las manos,  
Y los piés sin estos hierros;  
Que en esta desgracia mía  
Fortuna me ha descubierto  
Que cuantos fueren mis años  
Tantos serán mis tormentos.  
«¿De quién me quejo etc.»  
¡Velas de la religion,  
Enfrenad vuestro denuedo,  
Que mal podréis alcanzarnos  
Pues tratais de mi remedio!  
El enemigo se os va,  
Y favorece el cielo,  
Por su libertad no tanto,  
Cuanto por mi cautiverio.  
«¿De quién me quejo etc.»  
Quedaos en aquesta playa,  
De mis esperanzas puerto,  
Quejaos de mi desventura,  
Y no echéis la culpa al viento.  
Y tú, mi triste suspiro,  
Rompe los aires ardiendo,  
Visita á mi esposa bella,  
Y en el mar de Argel te espero.  
«¿De quién me quejo etc.»

(Romancero general.—It. Góngora, Obras de.)

## 272.

EL FORZADO DE DRAGUT. — V.

(De Don Luis de Góngora.)

Levantando blanca espuma  
Galeras de Barba-roja,  
Lijeras le daban caza  
A una pobre galeota,  
En que alegre el mar surcaba  
Un mallorquin con su esposa,  
Dulcisima valenciana,  
Bien nacida y muy hermosa.  
Del amor agradecido,  
Se la llevaba á Mallorca,  
Tanto á celebrar las Pascuas,  
Cuanto á celebrar las bodas.  
Y cuanto á los sordos remos  
Mas se humillaban las olas,  
Mas se ajustaba á la vela  
El blando viento que sopla.  
Espíandola de atras  
De una cala insidiosa,  
Estaba el fiero terror  
De las playas españolas.  
Sobresaltóla en un punto,  
Que por una parte y otra  
Sus cuatro enemigos leños  
Tristemente la coronan.  
Crece en ellos la codicia,  
Y en estotros la congoja,  
Mientras se queja la dama  
Derramando tierno aljófar.  
— Favorable y fresco viento,  
Si eres el galan de Flora,  
Válgasme en este peligro  
Por el regalo que gozas.  
Tú que embravecido puedes  
Los bajeles que te enojan,  
Embestilles en la arena  
Con mas daño que en las rocas:  
Tú que con la mesma fuerza  
Cuando al humilde perdonas,  
Sueles de armadas reales  
Escapar barquillas rotas;  
Salga esta vela á lo ménos  
Destas manos rigurosas,  
Cual de garras de falcon  
Blancas alas de paloma.—

(Romancero general.—It. Góngora, Obras de.)

## 273.

EL FORZADO DE DRAGUT. — VI.

(Anónimo.)

A la vista de Tarifa  
Poco mas de media legua,  
El maestre de Dragut,  
Cosario de mar y tierra,  
Descubrió de los cristianos  
Y de Malta cinco velas,  
Por do forzado le fué  
Decir en voz que le oyeran:  
«Al arma, al arma, al arma,  
»Cierra, cierra, cierra,  
»Que el enemigo viene á darnos guerra.»  
El maestre de Dragut  
Hizo soltar una pieza,  
Señal para que le oyesen  
Los que hacen agua y leña.  
Los cristianos le responden,  
De la playa y las galeras,  
Y del puerto, las campanas  
A bulto entre voces suenan:  
«Al arma, etc.»  
El cristiano que lloraba  
En ver su esperanza muerta,

Agora se alegra el triste  
Que su libertad sospecha.  
Dragut con sus capitanes  
En un punto se aconseja,  
Si será bien aguardar  
O tender al viento velas.  
«Al arma, etc.»

Decíanle los demas:

— Atras, atras que se acercan,  
Que si en alta mar entramos,  
Será la victoria nuestra.—  
Dragut á voces decia:  
— Canalla, bogad apriesa.—  
Los artilleros tambien  
Cargan, disparan, vocean.  
«Al arma, etc.»

(Romancero general.)

## 274.

EL FORZADO DE DRAGUT. — VII.

(Anónimo.)

Apriesa pasa el estrecho,  
Porque le van dando caza  
A Dragut, cuatro galeras  
De los cruzados de Malta.  
Con la priesa de los remos  
El hinchado mar traspasan,  
Las pluvias suben al cielo  
Muy mas espesas que bajan.  
Las dormidas centinelas  
Despiertan á las campanas,  
Y soñolientas arrojan  
Hachas de fuego en las aguas.  
Dragut sus forzados fuerza  
Para alijer las barcas,  
Que mientras mas ve que huyen,  
Mas le parece que amainan.  
No mira si es cobardía,  
Ni aguarda á quien le llama,  
Porque á veces del huir  
Mayor victoria se saca.  
Llegó de una culebrina  
En un instante una bala,  
Cuya penetrante furia  
Dió á fondo á la capitana.  
La demas artillería  
Se juega con tanta maña,  
Que fué bastante á rendillo,  
Sin allegar á las armas.  
Pudo Dragut con su industria,  
Por ser la noche cerrada,  
Dejando á España la gloria,  
Poner su persona salva.  
El hortelano cautivo  
Que en las galeras remaba,  
Fué conducido á su tierra,  
A quien llorando le habla:  
— Patria, que de mi tesoro  
Has sido depositaria,  
Si son purgadas mis culpas  
Recógeme en tus entrañas;  
Y si este bien no merezco  
Por ser mi desdicha tanta,  
Tierra tienes do esconderme,  
Pues no lo han hecho las aguas.  
Acabarás de ver  
El abismo de desgracias,  
Que conjuraron los cielos  
En disfavor de mi alma.—  
Contra el agua forcejea  
Envuelto en congoja y ansia,  
Cuando improviso le toca  
Una desmandada tabla.  
De ella se aferró turbado,  
Y guiando hácia la playa,